

SOBRE NO DIJERON MUERTE de Josefa Ruiz-Tagle

Jorge Pavez Ojeda

Valdivia, 31 enero 2024

No dijeron muerte es un libro difícil de leer pero también difícil de dejar de leer, porque habla del terror, la crueldad, la perversión, la maldad, la soledad, la muerte, y porque habla de todo esto con una fuerza contagiosa, porque cada una de las vidas de las 35 personas que componen estos relatos sobrevivió a la dictadura habiendo visto la muerte de frente, de lado, por atrás, habiendo sido rodeada de muerte y habiendo convivido con ella como pegada al cuerpo, a la posibilidad misma de la vida. Historias de sobrevivencia que podemos compartir, sentir, acompañar, pensar y de las que podemos aprender, gracias a una composición literaria en que cada frase puede golpear como un martillo la doble conciencia de fuerza y fragilidad de nuestros cuerpos, individuales y colectivos. En uno de los capítulos, la compiladora, compositora y redactora del libro, Josefa Ruiz-Tagle, hace el ejercicio de extraer algunas de esas frases, tres o diez palabras lanzadas como proyectiles que quedan suspendidos en su eco, un ejercicio que hará casi inconscientemente cada uno de los lectores de este libro y que haré yo también ahora. Las frases que anoté son las que me pareció van dándole un ritmo a cada texto dentro del conjunto de los textos, el que como todo ritmo, está hecho de repetición y diferencia, estructura y acontecimiento. Esa ritmicidad nos hacen sentir el peso de la muerte y el acontecimiento de la vida después de la muerte, la imaginación herida, como dice Josefa, la vida golpeada, mutilada, dañada pero casi indestructible de aquellos niños y niñas al que el Estado de derecha mató a sus padres y madres,

queriendo borrar para siempre sus vidas, ideas y prácticas, de la historia y la geografía de Chile. Estos relatos muestran que no lo consiguieron.

Una imagen material de la muerte es la del cadáver. Cadáveres de padres y madres que les fueron robados a sus hijos, como para impedir que el cadáver denunciara a sus victimarios, coartarles el duelo y retirarlos de la sociedad, como televisores obsoletos. Pero muchos cadáveres aparecen, y aparecen hablando de su muerte. Cuerpos baleados, acribillados, quemados, amarrados, agujereados, desnudos, crucificados, momificados, degollados, sin piernas, trocitos de cuerpo o polvo de huesos. Es lo que queda de los protagonistas: cuerpos o trozos de cuerpo que los hijos e hijas no han dejado de buscar. “Nunca la vio muerta entonces se quedó con la idea que le habían enterrado viva”, “Si empezaba hablar de ellos capaz que aparecieran, me daba angustia, vivía en la negación absoluta... El deseo horrible de qué no aparecieran”, “Nunca hemos pensado que está muerto”, “La idea era seguir los cuerpos, no perderlos”. Y cuando hay cuerpo, el encuentro es violento: “Aquí te traigo a tu mamá, aquí la tienes. Entraron y la tiraron al suelo, quemada entera”, escriben.

Los relatos muestran con angustia que el secuestro, la desaparición, la tortura y la aniquilación de padres y madres se redobla de un efecto inevitable en el lenguaje, mutilando la posibilidad del habla, lo que el filósofo Patricio Marchant llamó “el golpe a la lengua”: la dictadura como una violencia contra el habla misma, para producir sujetos silenciados, mudos, mutilados, sujetos imbunches, doblegados y sometidos, sujetos impedidos de ser adultos, hablar,

movilizarse. Les hijes son sistemáticos al respecto, sus palabras muestran la estructura invalidante y discapacitante del tabú: “Los niños no hablan”, “los niños no preguntan”, “no podía hablar”, “no pude hablar”, “Una como niña escucha”, “No hubo una palabra que pudiera suturar ese vacío”, “Nunca escuché ‘está muerto’, pero tenía mucho frío”, “Nadie quería hablar”, “empecé a enmudecer”, “Nadie era capaz de decirme: ‘se murieron’”, “Durante mucho tiempo no pude hablar”, “Se instaló un silencio”, “Le destrozaron la mandíbula a culatazos para que no pudiera hablar”, “Era mejor no preguntar, mi mamá no hablaba del tema”, “Me quedé sin voz”, “Se volvió mudo, nunca contó nada... Él era un comunista ejemplar”, “Ante las Naciones Unidas, yo me quedé muda”, “Hablabamos calladitos... Se instaló un silencio, un vacío”, “Así crecí, en silencio absoluto, porque a mí nadie me dijo nada... No hice más preguntas...”, “Nunca más se habló de ella, estaba escondida hasta en los álbumes familiares, se convirtió en un tabú”, “Nunca me dijeron nada... Prohibición de hablar”, “El nombre de mi mamá no se mencionaba. Una mentalidad típica del contexto: ‘los niños es mejor que olviden’”, “no podíamos preguntar”, “En mi casa se hablaba muy poco”, “la literatura me salvó”, “no dijeron muerte”. Al no poder hablar, niñas y niños tienen que pensar y resolver solos el mayor dilema, el dilema de la muerte: buscarlo o no, invocarlo o no, recordarlo o no, soñarlo o no. Por eso, dejan tempranamente de ser niños, y aprenden la mentira de los adultos. Como dice otra protagonista: “el golpe mató a todos los niños”, pero lo inverso también es cierto, nos condenó a todos a una perpetua infancia. Con el tabú y el secreto, el cuerpo busca expresarse en su propio lenguaje: enfermedades, tumores, pánicos, angustias, nervios, trastornos, stress: “Empezó a enloquecer y se

murió al poco tiempo”, “Varias veces intentó suicidarse”, “se metió a la cama y no salió más de ahí”.

Y así, los abuelos y abuelas, tíos y tías, padrastros y madrastras, van cayendo: mueren de pena, de infarto, de agotamiento, de enfermedades, y también asesinados por la dictadura. Las familias son inquietantes protagonistas de este libro, y vuelven los relatos en extremo familiares, familiares en lo cercano, en la filiación donde se cruzan el cuerpo y el lenguaje que nos constituye biológicamente, en el cuidado y la herencia que se percibe en historias como la de “Una especie de clandestinidad asistida, porque yo era una guagua, hasta que lograron sacarme del país”, o cuando con el golpe, “mi padre se planteó un modo distinto de relacionarse con sus hijas: no castigar, no pegar, conversar mucho”, “La herencia del abuelo es la conciencia”.

Pero también se percibe a la familia en su peor sentido, en lo siniestro de la ley de la familia, en la vulnerabilidad y la miseria que expone la familia como estructura de reproducción del tabú, del silencio, los parientes imbunches que delatan o callan, que promueven y administran el silencio y el secreto. El contexto es la condición histórica del familismo extendido en los años sesenta y setenta, familias de muchos hijos, donde varias generaciones comparten un mismo techo, y donde se repite casi sin excepción los roles asignados por el patriarcado en la división sexual del trabajo, de los afectos y de las violencias. Con la violencia de la dictadura emerge los personajes siniestros de esas familias, la desaparición del padre o la madre habilita la indefensión de los hijos e hijas antes las lógicas de la obediencia y el castigo, el abuso sexual y

sicológico de tíos o abuelos que se aprovechan de la orfandad como en las novelas de Charles Dickens o Emile Zola, parientes muchas veces pobres y siempre fachos, fachos pobres y pobres fachos, que se dicen apolíticos pero son violadores. Vemos así aparecer pequeños Pinochet, encarnados en figuras familiares cómplices de la dictadura, tiranillos patriarcales que muestran el miserable Edipo de Chile. “A mi mamá la denunció su tía”, “hay una hermana de mi madre... fue ella la que delató a mi mamá y su compañero”, “Mi madre siempre tuvo la sospecha de qué detrás estuvo su cuñado, el marido de una de sus hermanas, un fascista recalcitrante”, “En la familia de mi padre le cerraron las puertas... una casa donde había mucha violencia, pasaban cosas muy dolorosas, abusos psicológicos sexuales... desde los cuatro años recuerdo las tocaciones, lo tengo grabado, la familia siempre lo cubrió, todos fueron malos... mi tía siempre estaba tratando de hacerme callar... tenía internalizado que la vida no era buena, que la gente no era buena...”, “Al Yuri le pegaba mucho, a mí me tiraba al patio en el medio de la noche porque me hacía pipí. A lavar la ropa,” “mi abuelo era un tirano, un ser muy violento. A mí me violó cuando tenía nueve de nueve años”, “Familia prácticamente no tuvimos después que mi papá desapareció... no quisieron saber nada de nosotros. Eran personas muy humildes y muy desinformadas, sólo tenían miedo”.

Leyendo el libro me acordé de un verso de Enrique Lihn que dice “nunca salí del horroroso Chile”. El horroroso Chile no como un lugar geográfico, sino como un lugar de restricción mental. Los relatos están llenos de esas sensaciones con Chile, las que se van elaborando hacia reflexiones éticas y políticas sobre la historia del país, “un lugar lindo pero con demasiados

chilenos” como dice un relato. Otros dicen: “Rompí con Chile hice una ruptura consciente... Odio a Chile de manera visceral”, “El alma de Chile está rota”, “Me indignó ese chileno medio. Sentí que era gente estúpida. Había desaparecido por el futuro de ellos y no valían la pena. Yo crecí con una rabia enorme”, “Vi el individualismo”, “Músicos que lo denunciaron falsamente, personas envidiosas”, “Han reído toda la vida de nosotros”, “Me duele ver que se aprovecharon del dolor”, “Traicionaron a su pueblo”, “El agua, el aire de Chile, todo me enfermó”, “Chile me gustaba, pero para viajes de hasta tres semanas, más de eso ya no, ya no me caían tan bien los chilenos... Chile no me gusta”, “Nunca hubo nadie que nos dijera que lo que sentíamos era normal, que estaba bien”.

Estas historias implican posiciones éticas que son del todo o nada, que se sustraen a la posibilidad de negociación mercantil: decidir si buscar al asesino o no, si confrontarlo o no, si pegarle o no, si matarlo o no matarlo, la justicia por mano propia, el sistema judicial, la pena de muerte, la cadena perpetua. “Mi sueño era vengarme” dicen. “No tenía miedo”, “Me metí en política porque quería venganza...”. El miedo es una pasión triste, pero que constituye sociedades, como la chilena sociedad del miedo. La venganza y la esperanza también constituyen sociedades. Sin deseo de venganza, no hay justicia. La justicia es una elaboración social de la venganza, de un deseo de venganza que tiene la ética de no consumirse. No hay aquí una “superioridad moral”, porque esa idea es un invento de la derecha, porque solo la derecha entiende la moral en términos de jerarquías, una moral cristiana que se cree superior a otras morales: comunista, islámica, o la que sea. De lo que aquí se trata es de ética,

y no de moral. Es cuando no hay principio ético que hay descalabro moral, disolución de lo social, la guerra de derecha como guerra de todos contra todos, la gran farsa de la Mesa de Diálogo con los militares, el “por algo lo mataron”.

Por la fuerza con que encaran la muerte, estos relatos están llenos de vida, llenos de ética para la vida, la sobrevida y también el cuidado de los muertos. “Bailamos por nuestros muertos, bailamos por nuestras propias vidas” dice en la Cueca sola. “Ese es el estado del sobreviviente. Una crisis detrás de otra”. De ahí la interpelación ética a la historia, una interpelación que es también visionaria, precursora, porque estos hijos e hijas han visto cómo y de qué se alimenta la bestia humana, el lado oscuro de la familia, el partido, la sociedad: “no han sido capaces de revisar su historia, se han colgado de puros mitos”, “Algo pasó con la dictadura, esta rebeldía frente a la autoridad”, “No es nuestra historia privada... todos tienen que saber”, “No era sólo mi historia personal”, “Cada vez que me dicen ‘¡hasta cuando con esa historia! hay que vivir el presente’. Lo que me están diciendo es que mi historia no vale nada”, “Mientras más pena, tengo más rabia. La pena me da lo mismo, pero a la rabia le tengo miedo... A veces soy un asco, siento odio en mi corazón”. “Éste es un país increíblemente su portador, no sé cuál es el fondo de Chile, a veces me da la impresión de qué podemos tolerar cualquier cosa. Pero por ahí algo va a saltar, no sé qué, pero alguien va explotar. Alguien va a perder la paciencia, y no creo que eso vaya a ser amable. Porque las personas somos violentas”. El estallido estaba ahí, Chile al borde de la explosión, la suspensión de la

“normalidad” que es pura excepcionalidad, discrecionalidad de los poderosos de siempre.

Porque esa pregunta atraviesa la lectura de estos relatos: ¿Cuál es la norma y cual es la excepción? Los protagonistas muestran que la excepción se volvió norma, que la normalidad del país es la excepcionalidad, la pena de Chile, su mudez y su ceguera. Entonces queda suspendida en la angustia una pregunta que recorre el libro como en sordina: ¿valió la pena? Pero ¿Cuánto vale una pena tan grande? ¿Qué teoría del valor puede explicar o justificar esa pena, ese dolor del que no se puede escapar? Una frase me queda resonando, la que dice: “para la generación de nuestros padres, los hijos no eran lo mas importante en la vida”. Quizás he ahí el error, el sueño de la revolución no era molecular, micro-político, subjetivo, era estructural, molar, había que desmontar el engranaje institucional que reproducía violencias, pero no se pensaba lo suficiente en el principal espacio de su reproducción, la familia, sus verdaderas amenazas internas, el soplón envidioso, el cobarde apolítico, el abandono de los niños, para los cuales el único antídoto era el amor a los hijos, el afecto y el cuidado como la mayor resistencia ante la razón instrumental. Los caídos heredaron la conciencia, pero al matarlos, nos mutilaron de sus afectos. Y los niños quedaron a la deriva, como en esa historia que dice “mi hermano tenía 10 años y se perdió. Lo encontraron semanas después en el puerto de San Antonio”.